

Carta a Juan Gil-Albert

por César Simón

Juan, me tengo que ocupar de tus cosas:
ordenar tus papeles y cuadernos, revistas y demás, y procurar reeditarte, buscar quien te reedite algunos libros, mendigar subvenciones, todo eso. Pero a mí se me pasa el tiempo. De mis cosas me ocupo, claro está, pues somos egoístas sin remedio; pero no creas que me arreglo. Se me pasan los días no sé cómo. Claro que tengo mi trabajo; mas en las vacaciones –que son largas– no sé qué hago, leo un poco, escribo ya por vicio algún poema, o, como ahora, pinto y ya no escribo. Y me paseo o llamo a alguien. Pero lo frecuente es el flujo entre las cosas, divagar, disiparme, que es lo mío –ahora ya no tengo amor ninguno, sino la vida, en general...–. Y, en fin, que se me pasa el tiempo. Juan, te recuerdo mucho, aun distraído y todo te recuerdo. Es al ver un paisaje, al releer un libro o al encontrar algún objeto.

Me digo: Juan no existe; Juan ya no existe; y no lo asumo. Y es que la muerte no se asume. No ver ya nunca a ciertos seres... a tu madre, en primer lugar; no verlos nunca, no poder ya verlos, no ver ya a algún amigo, a algún pariente... Me encuentro solo con frecuencia; solo, en verdad, en esta circunstancia de sentir una ausencia, de meditar la muerte, no únicamente de otra forma –la soledad poética, o personal, o filosófica–. Ahora es otra cosa. Me digo: Juan no está, no está mi madre, no está X. Y no vendrán ya nunca. Y no será posible ya escucharte. ¿Qué me importa si es justo el mundo ahora contigo, si te reeditan o te leen, si te otorgan el puesto que mereces los manuales de literatura? No me importa ese mundo, no me queda ya tiempo para eso. Me importa lo que he dicho: que ya nunca

podremos otra vez perder el tiempo hablando y más hablando del aire que circula, de las cosas más altas de la vida. Y no será posible ya contarte nada, ni que me cuentes. No sólo eso, sino más: el pasado se esfuma, y ya no quedan más que gestos, sonrisas detenidas en el tiempo, en el oro del tiempo, palabras que no suenan, y otras, que parece que las oigo. Yo, pronto, como tú, desapareceré y todo será un sueño. ¡Con lo real que era, con lo vivo! Un sueño, pero nada literario, sino verdad, el sueño de la vida, que simuló que era real ¡y que lo era, no sabiéndolo! Una última cosa, Juan: Tengo un gato, Merlín, que tú no conociste. Sobre mis papeles se sienta a contemplarme. Me gustaría que lo vieras. Qué sensible y profunda observación harías de su gesto, de su profundo y misterioso gesto.